

DESIGUALDADES, VIOLENCIAS Y RESISTENCIAS: VOCES DE JÓVENES UNIVERSITARIAS

Marina Tomasini y Gabriela Morales*

Sumergirnos en la lectura de este libro nos ha impresionado, en el sentido que propone Ahmed (2015) como amalgama indisoluble de sensación, emoción y pensamiento. Como mujeres que transitamos la universidad pública desde los años noventa, nos reconocimos en los textos, encontramos fragmentos de nuestras experiencias en los relatos y muchas frases resonaron con situaciones vividas. Esta experiencia lectora es indicativa de la potencia de las narrativas, tal como se aprecia a lo largo del libro, para inscribir la experiencia “individual” o “privada” como parte de una experiencia social.

La trama del libro se teje en el diálogo polifónico entre las voces de las protagonistas y los marcos referenciales de la investigación que funcionan como potentes herramientas de lectura. Es especialmente interesante leer esa polifonía al interior de cada narrativa, el modo en que cada relato se construye con y contra la perspectiva de múltiples otrxs diversamente situados y posicionados, particularmente en la estructura universitaria. Notablemente en ese diálogo de voces emerge el reposicionamiento de la propia voz, condensado en la expresión “darse cuenta”, como posibilidad de un devenir, a partir del tránsito por la universidad, así como por espacios colectivos y organizaciones, autodenominadas o no como feministas.

Muchos temas son transversales a los capítulos. El malestar difuso asociado al lugar de las mujeres en carreras masculinizadas, la falta o escasez de contenidos curriculares con perspectivas no sexistas, la división socio sexual del saber y la asignación de tareas diferenciales, las presiones que se ejercen a través de comentarios en clase sobre las capacidades de mujeres y varones para ciertas actividades profesionales, los chistes machistas. En suma, contradiciendo la “ficción de igualdad”, en las narrativas insisten lo que sus autoras definen en clave de micromachismos o machismos invisibilizados.

Ante las formas desubjetivantes de ciertos contextos, instituciones y prácticas que desigualan e inferiorizan, ante la naturalización y la falta de reconocimiento que produce sensación de inexistencia, emergen micro prácticas que, como lxs autorxs señalan en el primer capítulo, muchas veces no dimensionamos en su potencialidad, pero tampoco en los costos subjetivos que implican. Desde levantar la mano y tomar la

* Investigadoras del Área *Feminismos, Género y Sexualidades* (FemGeS), Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichón, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Correos electrónicos: marina.tomasini@unc.edu.ar; gabriela.morales@unc.edu.ar

palabra en el aula, espacio donde se valoriza especialmente la voz de los varones, hasta confrontar cara a cara con docentes en el Consejo Directivo de una Facultad, indican un marco de agencia como organizador de sentido en las narrativas.

El libro muestra los distintos *climas afectivos*, como conjunto de sensaciones más o menos difusas, que las protagonistas de los relatos asocian a las situaciones de violencia en el ámbito universitario, cuya posibilidad de poner en palabra tiene una temporalidad. ¿Qué nos pasa ante situaciones de violencia? Incomodidad, asco ante actitudes de acoso, impotencia ante el sexismo, escalofrío, sensación de quedarse helada, alivio, pasarla mal, bronca, miedo, malestar consigo misma por “no haber podido hacer nada”. Para algunas estudiantes, estas emociones constituyen fisuras que habilitan la desnaturalización y la problematización de las violencias; para otras movilizan la participación y organización colectiva que demanda el efectivo ejercicio de derechos.

En el capítulo uno, *Mujeres jóvenes en la Universidad*, se introduce un panorama general de la situación específica de las mujeres en este nivel educativo en nuestro país, resaltando el incremento en la matrícula femenina en las últimas décadas. Las narrativas de las jóvenes estudiantes permiten observar la persistencia de la división socio sexual del saber con la consecuente demarcación entre “territorios” feminizados y masculinizados, las estrategias que construyen para transitarlos y el rol de las organizaciones y de los colectivos estudiantiles frente a los derechos de las mujeres. Nos encontramos con relatos sobre diversas situaciones donde las violencias se hacen presente, algunas de modo sutil, son significadas como vivencias que generan un malestar impreciso; otras explícitas, como la desvalorización, exclusión, discriminación y el acoso. También se exponen referencias que permiten leer las modalidades docentes que sostienen y perpetúan desigualdades tales como: requerir mayores esfuerzos a las estudiantes mujeres y otorgar reconocimiento, cuidados y favores a los estudiantes varones. Los espacios de sociabilidad entre pares y las organizaciones políticas se perciben como zonas donde se reproducen las normas de género y también donde se resquebrajan, se fisuran y se dislocan, son espacios de resistencia. El encuentro con compañeras de cursado, de agrupación o de otras organizaciones resulta fundamental para transitar la vida universitaria, sortear los obstáculos y afrontar las adversidades.

En el capítulo dos, *Pensar la violencia contra las mujeres*, se documentan las estrategias de cuidado de sí mismas para evitar los abusos sobre el cuerpo en las calles y en sitios de sociabilidad, estrategias que en muchas ocasiones restringen los movimientos, el uso de espacios o la elección de la vestimenta. En este sentido, es por demás potente la idea que lxs autorxs recuperan de Linda Alcoff (1999): las violencias que atraviesan la vida de las mujeres, aún sin poder ser nombradas, no dejan de estar presentes a través de la significación en sus cuerpos y en sus emociones. Son experiencias inarticuladas en el lenguaje, pero que operan en las subjetividades y modifican las formas de vivir y de ocupar los espacios públicos. Las explicaciones que dan a las violencias oscilan entre enunciarlas como conflictos interpersonales o referirlas a estructuras sociales y culturales como patriarcado, heteropatriarcado, capitalismo, colonialismo, según las jóvenes participen o no de organizaciones estudiantiles.

Apropiarse de derechos en contextos de (no) reconocimiento social, es el tercer capítulo. Allí se propone una tríada conceptual clave para comprender el acceso a derechos: los derechos legislados o el reconocimiento formal; el reconocimiento social, como representaciones y significados presentes en la vida social y cultural; y la

apropiación subjetiva de derechos, la autorización a ejercerlos y reclamarlos. Estos tres puntos de referencia, basados en la tensión que propone Segato (2003) entre el orden del contrato y el orden del estatus, permite analizar de qué forma detrás del contrato igualitario permanece el sistema de estatus que ordena el mundo a partir de desigualdades de género. Aquí se retoman análisis previos para mostrar cómo el acoso callejero restringe movimientos por el miedo que suscita, lo cual indica que las mujeres no cuentan con el mismo estatus de sujeto que los varones. Las narrativas muestran que las situaciones de acoso permiten tornar tangible la desigualdad y en ocasiones esa fisura habilita reconsiderar la “ficción de igualdad”.

En el cuarto capítulo, *Subjetividades y normas de género. Continuidades, conflictos y rupturas*, se aborda la transformación subjetiva que las jóvenes activistas relatan y los conflictos que ello implica en sus entornos inmediatos: el “antes” y después”, el quiebre biográfico, el “darse cuenta” o la resignificación de hechos y contextos. Si bien cursar algunas carreras universitarias – especialmente las de ciencias humanas y sociales- abre mayores posibilidades de reflexividad, los espacios de activismo o militancia feminista resultan clave en estos movimientos subjetivos. Son espacios de cuestionamiento, acompañamiento, debate y reflexión. No obstante, la posibilidad de percibirse como parte de un colectivo de mujeres no implica una identificación total con la agenda feminista del momento; este parece ser el caso de los reclamos por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito. Aquí persisten ciertas dudas y algunas estudiantes expresan necesidades de profundizar en los debates para asumir una posición propia.

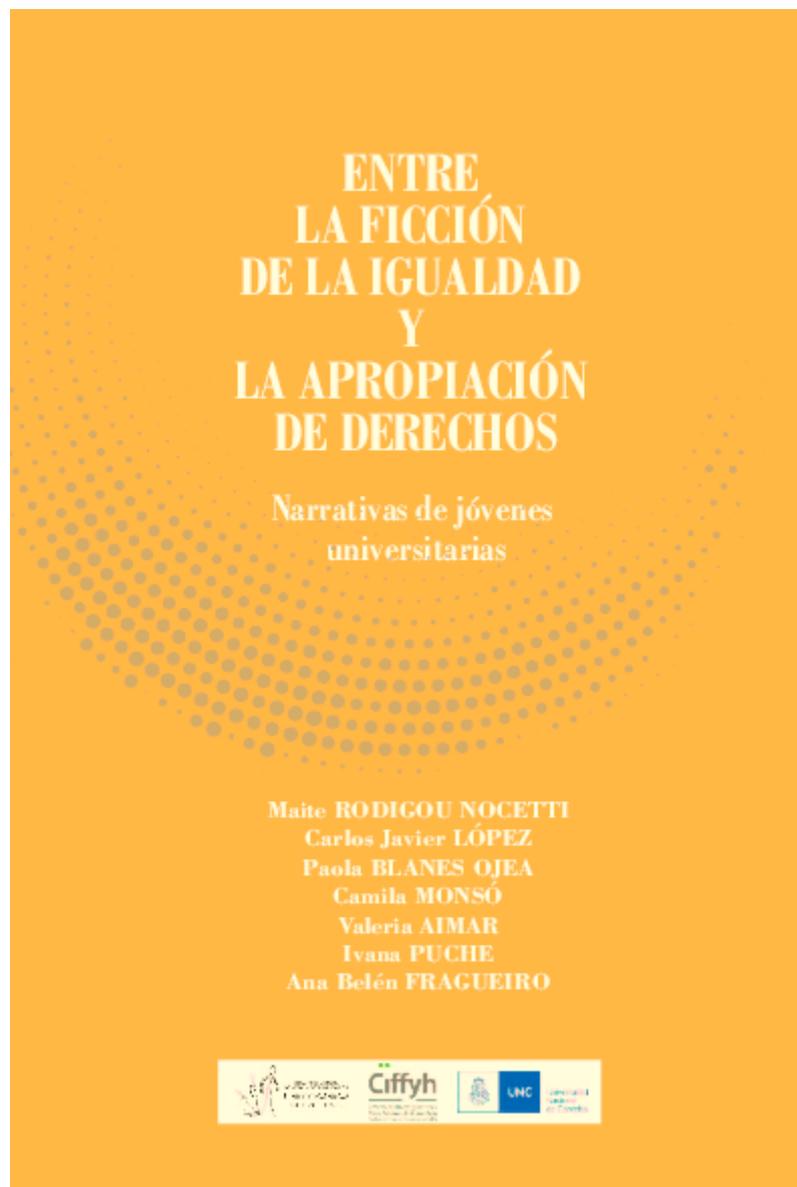
En los capítulos mencionados se señalan algunos contrapuntos entre las perspectivas de jóvenes no activistas y activistas, sin presentar posiciones binarias y opuestas sino reflejando matices. Las narrativas de estudiantes no activistas se construyen alrededor de la “ficción de igualdad”, desde una posición de externalidad respecto del colectivo de mujeres y sostienen un sentido de la violencia más ligado a las relaciones interpersonales. Mientras que en las activistas predomina el reconocimiento de desigualdades en las prácticas cotidianas que las afectan como jóvenes y como universitarias, así como un sentido de la violencia construido desde una visión estructural y política y la adscripción y referencia al colectivo de mujeres.

El quinto capítulo, *De emociones y derechos. Articulaciones conceptuales*, propone herramientas de lectura, entre las cuales destacamos: la relación entre las emociones, los procesos de apropiación subjetiva de derechos y los marcos interpretativos sobre la violencia. Allí se puntualiza un aspecto interesante, la relevancia del apoyo de otras mujeres y la circulación en lo colectivo para que sea posible poner palabras al registro subjetivo del malestar ante las violencias, injusticias y desigualdades. En otras palabras, la necesidad de encontrar confirmación en otros para lo que se está sintiendo, aquello que era una sensación difusa, cuando no percibida como equivocada, errada, que generaba gran malestar con una misma.

Finalmente, compartimos una reflexión sobre el sentido político del dispositivo de investigación que precede al libro. El método de producción de narrativas propone relatar experiencias y en ese proceso sus protagonistas son invitadas a dar cuenta de sí (Butler, 2009) pero ya no como una respuesta – a veces sentida como necesaria- ante la interpelación producida por la mirada social que desiguala, del transeúnte que acosa, del profesor que inferioriza, del compañero que se autoriza a comentar sobre sus capacidades. Entendemos que se trata de una interpelación ética que no prejuzga, que abre el diálogo y la escucha, que permite que emerja un *yo*. Impresiona leer los caminos

de reprocesamiento que promueve la producción narrativa. Algo de lo dicho en el primer encuentro con lxs investigadorxs es hablado luego con familiares, con compañeras, compañeros y aquella experiencia vivida con una sensación borrosa se resignifica, se vuelve comprensible de otro modo, bajo otros marcos u otras estructuras de significación y se transforma en conocimiento.

La producción de narrativas habilita un espacio de interrogación y cuestionamiento que promueve el reposicionamiento subjetivo de quienes participan de la experiencia y de ese modo, contribuye a la apropiación subjetiva de derechos. De ahí la potencia política de este dispositivo de investigación.



Bibliografía

- Ahmed, Sara. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alcoff, Linda. (1999). Merleau-Ponty y la teoría feminista de la experiencia. *Mora* (5), pp. 122 -138.
- Butler, Judith. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rodigou Nocetti, Maite; López, Javier; Blanes Ojea, Paola; Monsó, Camila; Aimar, Valeria; Puche, Ivana & Fragueiro, Belén. (2019). *Entre la ficción de la igualdad y la apropiación de derechos. Narrativas de jóvenes universitarias*. Córdoba: editado por Maite Rodigou Nocetti, publicación independiente.
- Segato, Rita. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

